

El nacionalismo vasco

En este troceamiento a que se ha sometido a nuestra patria al amparo del caótico título VIII de la Constitución vigente se han constituido en «autonomías», con un igual «techo autonómico», zonas o regiones de carácter o naturaleza totalmente dispares. Fruto todo ello de la imprudencia, de la demagogia, de la ignorancia, en definitiva. Mientras en unos casos como Cataluña o los reinos aragoneses se trata de países que tuvieron una existencia autónoma o incluso independiente a lo largo de la historia, en otros se otorga análoga autonomía a simples trozos segregados de Castilla, como La Rioja o la llamada «Cantabria» o Murcia o Andalucía, algunos de los cuales sólo podrán buscar unas raíces diferenciales en el Islam, es decir, en algo no sólo ajeno a nuestra cultura patria, sino al mismo suelo religioso-cultural de Occidente.

Las autonomías que podríamos llamar históricas (o con alguna base histórica) han sido entregadas, en virtud del «marco democrático» reinante, a partidos autonomistas que al cabo se orientan al independentismo, porque nada tienen que ver con el antiguo *foralismo* de esas regiones, que era una simple defensa de sus leyes y franquicias dentro siempre de la unidad de la monarquía española, que era también la suya propia, la de su reino, principado, etc. Pero al menos esos autonomismos operan sobre algo que es real, que ha tenido una existencia política y jurídica surgida de raíces hispánicas, sea en su origen hispánico-visigótico, sea en su desarrollo histórico confluyente hacia una unidad nacional.

El caso de las provincias Vascongadas y del Partido Nacionalista Vasco (y sus derivados) a los que han sido entregadas es completamente distinto. Históricamente y jurídicamente se trata allí de uno de esos territorios arbitrariamente segregados de Castilla: las Vascongadas, en efecto, fueron siempre provincias forales de Castilla, muy celosas hasta el siglo pasado de su carácter castellano, sobre todo frente a Navarra. Pero lo verdaderamente grave de este caso reside en la índole de ese PNV al que hipócritamente se considera como un partido meramente autonomista, siendo así que si algo no se puede reprochar a sus fundadores y portavoces es falta de sinceridad en sus fines y propósitos.

Decir que el PNV es abiertamente independentista es decir muy poco, porque siempre lo ha proclamado a

gritos y porque, además, es mucho más que eso. Ante todo, ese partido no gobierna —llamémoslo así— sobre un territorio histórico con nombre, bandera, ejecutoria propios al modo que hemos visto en Cataluña o en los países aragoneses. Las provincias Vascongadas (Vizcaya, Guipúzcoa, Alava) nunca en la historia han formado un reino o Estado independiente o propio. Su suerte ha variado a lo largo de la historia: si conquistadas por Navarra en tiempos remotos su pertenencia voluntaria a Castilla data de los mismos orígenes de este reino. El PNV ha tenido que inventar su propio país e inventar su nombre (Euskadi) e inventar su bandera, e inventar su idioma sobre los restos de una lengua prerromana puramente doméstica y en trance de extinción. Lengua que, por lo demás, ni se ha hablado en todo lo que hoy llaman Euskadi ni sólo en su territorio.

Pero argüir a un nacionalismo vasco con su falta de razón histórica y jurídica es algo perfectamente inútil. Como lo hubiera sido oponer a un nazi que el proyecto pangermanista de Hitler carecía de fundamento en el pasado, que la Alemania actual apenas contaba medio siglo y que los países alemanes siempre estuvieron entrañados en la cristiandad medieval: los principados electores, el reino de Prusia, etc. Para un nazi nada de esto poseería significado, porque se movía en otra longitud de onda: el origen de la Gran Alemania y de sus irredentismos imperiales radicaba para él sólo en la superioridad de la raza aria y en su destino mesiánico, de los que Fichte y Nietzsche fueron sus profetas.

De igual manera, el nacionalismo vasco no apoya su designio de independentismo y de irredentismos en razones históricas ni en reivindicaciones forales, sino en la superioridad intrínseca de la «etnia» vasca, cuyos derechos, como absolutos, no reconocerán límites. El nacionalismo vasco es, como el nazismo alemán y como el sionismo, un racismo. Pero es, además, en términos médicos, un *delirio*.

El delirio se define como perturbación o extravío de la imaginación o fantasía ocasionado por enfermedad o por una pasión violenta. En su forma extrema se conoce como delirio vesánico. Parte generalmente de una realidad nimia para exaltarse, por grados sucesivos, en magnas fantasías. Tal, por ejemplo, el delirio de grandezas o el delirio persecutorio; tal su ejemplificación clásica en la fábula de la lechera. El delirio —sobre todo el de grandezas— es sumamente contagioso.

El punto de partida —ese hecho ini-



cial —es para el vasquismo la pervivencia de una lengua vernácula cuyo ámbito era mínimo y cuyo origen desconocido. A partir de ahí se desarrolla el delirio: creará todo un idioma en su mayoría inventado con una ortografía también inventada, creará una nación con su territorio, inventará una bandera, un presidente, un alfabeto (o estilo de letras, nadie sabe por qué «vascas»), unas escuelas... Y como Adán cuando se vio ante un mundo recién creado de la nada empezará a poner nombre a las cosas: al idioma lo llamará *euskera* o *batúa*, al país, *Euskadi*; a la bandera, *ikurriña*; al presidente, *lendakari*; a las escuelas, *ikastolas*, etc.

Tampoco el delirio reconoce límites en el espacio: su mesianismo y sus irredentismos serán infinitos: en los cenáculos euskadianos se forjan mapas del Gran Euskadi al estilo de los de la Gran Alemania o el Gran Israel. En ellos las fronteras del irredentismo vasco se extenderán hasta Burdeos e incluirán, por supuesto, a Navarra, pero también a la montaña de Burgos, a la

Rioja y al Pirineo aragonés... Con ETA marxista-leninista y sus matanzas alcanza el nacionalismo vasco el nivel del delirio vesánico.

Y como delirio profundo, tampoco se detendrá ante el designio de crear una religión propia, diferencial. Ya se han hecho intentos de restaurar el culto al Sol que alguna novela romántica atribuía a los primitivos vascones, así como prácticas de brujería o aquelarre supuestamente propias de la mitología primitiva del país. Pero, como todos los racimos —como el germánico y el sionista—, el vasquismo terminará adorándose a sí mismo, a la raza o la *etnia* «euskaldún». Así, por ejemplo, los numerosos clérigos que hoy envenenan el alma de los vascos con su fanatismo delirante —los obispos que con ánimo maternal ha destinado a aquellas diócesis la Iglesia progresista— no poseen otro dios en su corazón que la *etnia* vasca, a la que rinden adoración. Es decir, que por desgracia, la idolatría última de todo racismo es algo ya instalado en muchos corazones que rinden allí culto al Yo colectivo, al mesianismo de la raza.

Es hoy frecuente que en el resto de España se pregunte a un navarro: «Y por fin, Navarra, ¿es vasca o no?» La pregunta misma entraña una completa incompreensión del problema y, por tanto, de sus posibles tratamientos. La respuesta correcta sería: «Mire usted, no se trata de si Navarra es vasca o no: gran parte de Navarra es, en efecto, de origen vasco, como lo es una gran parte de las Vascongadas. De lo que se trataría es de si Navarra es hoy «euskadiana»: es decir, si se ha contagiado o no clínicamente del delirio nacionalista vasco.»

A estas alturas de fanatización yo no sé si el problema vasco tendrá ya solución. Sólo sé que en ningún momento se ha intentado ponerle remedio. Que los remedios educativos, los remedios políticos y los remedios militares están todavía inéditos. Y que sólo cuando se hayan puesto en práctica y hayan fracasado podrá decirse que no tiene solución. Hasta tanto sólo puede hablarse de inconsciencia, de frivolidad culpable, de abandonismo...

Rafael GAMBRA

Alcázar 15-2-87